

H
O
Y

Y

A
Q
U
Í

Propósitos

Si decir hoy y aquí para miles de suramericanos significa hambre, muerte, tortura, cárcel, exilio, no es menos cierto sino tremendamente trágico que este tiempo, este hoy y aquí, significa también vida y creación.

Lo que fuimos, somos y queremos ser, lo iremos expresando en tareas que no empiezan ni terminan en esta publicación. Pensamos que nuestra cotidianidad crea día a día un futuro en que seremos capaces de descubrir vínculos que nos acerquen. Y nos ayuden a prefigurar un Nosotros, para que lo que ahora es frontera que divide a "actores y espectadores", sea a través del trabajo literario, un lugar de encuentro y transformación.

Aspiramos a que nuestra revista sirva para la reflexión y para la re-unión del exilio, que en general subyace atomizado y sobreviviendo, no sólo al duro frío palpable del invierno, sino que a ese otro: el doloroso frío del destierro.

SUMARIO

Aproximaciones	2
Graciela Curbelo	
Y te vas...	4
Mi palabra	5
Ariel Dorfman	
El día está azulísimo en Amsterdam	6
Nelson Marra	
Ayer partí	7
Edgardo Mardones	
Ayer Lucía...	8
El suicidio de Petra	9
Exilio (foto)	16
J. Carlos Piñeyro	
A los cursos voy	10
Un hombre	11
Sergio Macías	
En Europa con peluca	12
Ruben G. Prieto	
La palabra exiliada	14

Diagramó e ilustró:
Ana María Beaulieu



Estocolmo, mayo '80 nra. 0



Aproximaciones

"Denunciamos, ante todo, un malentendido que pretendía clasificar la poesía bajo la rúbrica de los medios de expresión. La poesía que sólo se distingue de las novelas por su forma externa, la poesía que expresa ideas o sentimientos, a nadie le interesa ya. A ella opongo la poesía actividad del espíritu... Hoy está plenamente admitido que se puede ser poeta sin haber escrito jamás un verso; que existe cualidad poética en la calle, en un espectáculo comercial, en cualquier sitio; la confusión es grande y es poética.

Fristan Tzara

Son palabras escritas en 1934, por uno de los fundadores del movimiento Dada. Si hoy las presentamos es porque entendemos que tienen vigencia la denuncia, y fundamentalmente, la concepción de la poesía que en ellas se expresa.

Disponernos a llevar adelante esta publicación, pensarla, diagramarla o imprimirla en el mismo instante en que sabemos que miles de compañeros padecen tortura y cárcel, puede parecer insensato, torpe.

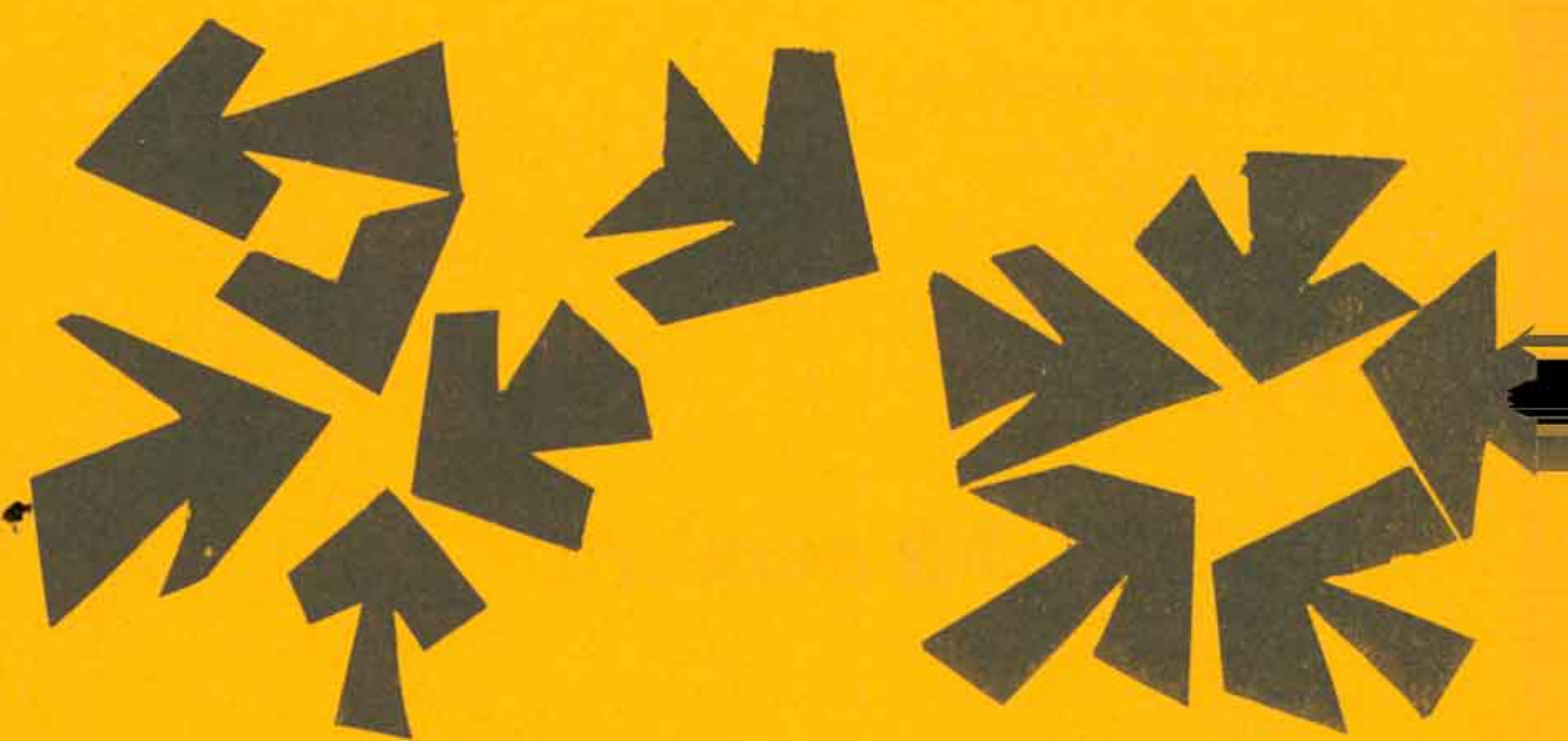
Y pensar y defender, como en este caso, que la plástica, la poesía o la narración, no deben estar en función de, ni al servicio de, -pues guardan en sí mismas el valor y el fundamento de su existir-, ha de juzgarse muy probablemente a los ojos de muchos compañeros exiliados, como tarea inútil y hasta peligrosa.

La vida no es un medio sino un fin. Y reír, danzar, cantar, son necesidades insoslayables, aquí, en el exilio, o donde sea, donde el espíritu humano tenga posibilidad de manifestarse.

Ana María Braulieu, Edgardo Mardones y J. Carlos Peneyro integran el equipo responsable de esta publicación que cuenta con el apoyo solidario de otros compañeros.



Envíos, correspondencia: A. M. Braulieu, Strindbergsbakarna 88 IV, 12743 Estocolmo, Suecia, Post Suro N° 985710-3



Si hoy sentimos necesidad de expresarnos no ha de suceder de espaldas a nuestra América, sino con ella, con lo poco o con lo mucho que de ella vive en nosotros.

Cantamos en el exilio por nosotros mismos y evitaremos tozudamente invocar entes abstractos.

Pues no pretendemos cantar para el Hombre. Cantamos sí, desde el particular hombre que somos, que estamos siendo, limitados, pero en el intento por quebrar estrecheces.

No nos pensamos "Hacedores de Cultura". No nos sentimos ni especialistas ni trabajadores de ese equívoco denominado "Frente o Campo Cultural".

Porque no entendemos la cultura como un producto a consumir que puede adquirirse en un quiosco, administrarse desde una oficina ministerial, o admirarse en un museo.

Entendemos la cultura, o mejor dicho, lo cultural, como un aspecto indisoluble de la vida, y que por lo mismo abarca todos los planos de la existencia. No sólo el "literario", el "plástico", el "político", "social" o "ideológico", sino todos.

Por esto coincidimos con Tzara. Y decimos que en cada uno de nosotros hay un poeta único y posible, como ha habido un niño al que hemos negado o matado una y mil veces en nombre siempre de los Más Altos Valores.

Por esto deshechamos toda concepción utilitaria de la literatura, de la plástica y de las artes en general, pues en ellas está, a nuestro entender, implícita la propia vida, nuestra propia vida.

Sabemos de innumerables libros sobre Arte, incluso uno llamado El Arte de Amar. A nosotros nos interesa el Arte de Vivir y en esta obra que no puede ser hecha sino por todos -cotidiana y continuamente- quisieramos aportar aunque no sea más que un pequeño signo.

Mi palabra

Mi palabra,
un nido de serpientes
una limpia antesala
juegos artificiales
flores
árboles de mil ramas
Mi palabra
argumento de espacios
de horas sin sentido
de días malgastados
de aprendizajes vagos
Mi palabra acompañándome
amiga aventurera
volando en el espacio
buscando como un niño
tomarse de una mano
huir de las prisiones
donde la han encerrado
Mi palabra
guerrera apasionada
consecuente artesana
hilo blanco extendido
a pesar de los años
Mi palabra
mezclada en torbellinos
de idiomas y de razas
perdiendo el rumbo a veces
callando avergonzada
obligada al silencio
mutilada en sus ansias
exilada expectante
rugido angustiado
de animal milenario
espejo de otros cielos
arena de otras playas
idioma de otras partes
Mi palabra
militante de versos
en horas avanzadas
colmena transitada
filosa y estremecida daga
custodiando la última esperanza

Y te vas...

Y te vas,
me dijiste,
estás segura?
y pensé entre mi
que las valijas
los papeles, la plata
mis pocas cosas
de vagabunda recibida
de hija indisciplinada
de comunera de mujer
de madre
de ex-militante
de experto agrario-pionera
de crédula idiota y fracasada
Y contesté que sí
viajo en avión sabés
el dos de octubre
Era una tarde de primavera
la hora en que los empleados
dejaban el trabajo
y la ciudad vieja gemía
de ómnibus atestados
Yo te voy a escribir
no te preocupes
y tendí un viejo puente
hacia tus ojos claros
y negaste,
mucho más que por tercera vez
negaste
y me diste los dólares
que me habías cambiado
cerrando el capítulo
con una despedida
de prudente ciudadano uruguayo
y yo me fui
casi perdiendo los zapatos
con mi miedo
mi flacura de entonces
mis esperanzas mágicas
donde no estabas vos
ni nadie como vos
me fui
por una veredita
angosta y sucia
de aquel Montevideo
hace ya casi siete años

El día está azulísimo en Amsterdam

Entra a una farmacia, anda,
exige que te entreguen,
exígeles, anda, un frasco
de solidaridad.
O una píldora, sólo una, anda,
de ternura,
una gasa de ojos verdes.
Me dicen que no es el tiempo
para la nostalgia.
Es la hora de los árboles en lucha.
Es la hora tan simple del hacha
en la raíz
de los árboles en lucha.
Y si alcanzas a percibir el sonido
de una hoja que cae, aquella,
nadie la podrá levantar.
Sabías que no se puede
pedir por catálogo
una cordillera blanca
cargada de nieves
ni una música que te devuelva
de bruces
el horizonte
Lo sabés?
Muéstrenme los formularios médicos
que prescriban, que sepan conservar
pedazos calientes de cielo
en la invencible
bandera
de una mano.
Para la tristeza, anda,
no se puede recetar
una marcha de pies
que se cortaron.
Se puede, se puede marchar
con los pies cortados,
pero nadie te los logra recetar
contra la tristeza.
Qué no daría para que las campanas
del exilio
contengan y detengan adentro
de su eco líquido
la lluvia con que supimos derramarnos
sobre la seca enterrada tierra
de nuestra tierra.
Sucede que mucha sangre
no tan invisible entre nosotros,
entre yo y yo y tú,
entre el que habló y el que
escucha,
agazapado, emboscándolo años después,
teniendo que abrirse paso a machetazos
y sin machete
entre la jungla congelada
de mis propios
brazos que crecieron
desde arbustos,
estoy aquí.
Aquí me encuentro,
este es el aire que exhalamos ayer,
aquí me encuentro, plenamente
responsable,
alzado como imposible caballo
de dos piernas
en un circo que cerró,
alzado sobre mis dos piernas
traseras,
bandolero del futuro,
asaltante de mi propio pasado,
y mis recuerdos pasan de largo
como si ya no tuviera derecho
a salivar, siquiera a saludarlos.

Así que me queda la gloria
de ser bosque,
para ver el árbol desde los árboles
en flor.
Si se me permite elegir,
no sería el tronco que se comen
las larvas y la humedad.
Podría escoger otra vez
el esplendoroso álamo de furia
y pasión.
Pero algo he aprendido,
algo se madura.
Déjenme que ocupe mi puesto
en el gran eucaliptus,
déjenme que caiga como hoja
en la mano del que pasa
y tiene aún tiempo para convertir
esa sustancia ese olor,
una hoja que cae aquella
en frasco, píldora, remedio
gasa de ojos verdes,
para que mañana yo pueda entrar
o más bien tus hijos
a una farmacia, anda, a exigir,
para que mañana nadie me diga
que no tengo derecho a recordar.

Nelson Marra

Ayer partí

Ayer partí
y lo último que vi del Uruguay fue una plaza:
las fronteras son todas iguales,
Había niños pidiendo limosna
y policías sellando documentos,
Había olor a tristeza y contrabando.
Detrás quedó el invierno
el frío sol de junio que no calienta nada
las averiguaciones los ficheros
las investigaciones
los zapatos y la angustia
caballeros de piedra
que firman sus decretos todas las madrugadas
y pájaros hermosos que trinan en las copas
de los árboles
una tenue canción que no quiero olvidarme
y el beso de todos mis hermanos.
Había sol en la frontera
y dos muchachos jóvenes
- dos jóvenes sonrisas -
que me despidieron
hasta siempre.



Ayer Lucía...

Ayer Lucía

dos palomas
mirando hacia el oeste
hacia el otro lado del mar.

Ahora caen palabras sobre una mujer
que toca mi cuerpo desnudo:
Cómo eras Lucía en el fondo de mi pupila.

La mujer se mueve intranquila
en el fondo de mi pupila
le toco un muslo -"tranquila"-, le digo
la vida está ahí afuera
de la mano con la muerte
jugando a la payaya.
Ella no entiende.

(Lucía siempre tuviste
la pintura y la crema de las máscaras
anunciando los dolores del exilio).

Ahora esa puerta se abre
y se vuelve a cerrar
en el fondo de mi pupila.

Una mujer ha llegado
se desnuda
se recuesta

- "Te amo"- dice. Sonríe
pone sus piernas entre las mías.

- "La vida está ahí afuera
de la mano con la muerte
jugando a la payaya"-
Pero ella no entiende.

Despeino mi cabello en otro gesto
del exilio
me lavo las manos.
Por el orificio del lavatorio
veo que se filtra la muerte.
Me recuesto

sobre
la cama.

El suicidio de Petra

(i.m.)

Murió ayer en la noche
a la misma hora en que el señor Kettelhack
dueño de la fábrica en la que yo trabajo
cenaba con sus socios, amigos y familiares.

Petra era fea.
Le gustaba ser fea.
Estudiaba Germanística
y amaba los poemas de Neruda y Cardenal.

A veces hablábamos
de espacios llenos de sangre.
Con los ojos cerrados.

Petra murió en el hospital.

El señor Kettelhack
no supo nada de la muerte de Petra.
Los diarios no dijeron nada. Hablaban
del Bayern de München

en la Copa Europa
y del último viaje diplomático de Kissinger.

El novio de Petra
estuvo con ella
el día antes
pero tampoco supo nada.

Mientras el señor Kettelhack
discutía con sus socios
si renovar o no, las máquinas de la fábrica,
Petra iba agonizando.

El señor Kettelhack estuvo desvelado
pensando cómo rebajar el salario mínimo
y decir no a la formación del sindicato.

Petra me confesó una tarde
que ella también amaba el mar.

Entretanto el socio del señor Kettelhack
estuvo

varios días
en Mallorca
reponiendo fuerzas,
luego de la discusión sobre las máquinas
(que no se renovaron)

Petra agonizó una semana entera
con los ojos cerrados
Quién sabe que tendría debajo de los párpados!
Petra era fea.

Murió ayer en la noche.

Le gustaba ser fea.
Amaba los poemas de Neruda y Cardenal.
Petra me confesó una tarde
que ella también amaba el mar.

Con los ojos cerrados.

Estocolmo, octubre, 76.



J. Carlos Piñeyro

A los cursos voy

a los cursos voy
entre lecturas discontinuas
entre pausas silenciosas
o a media lengua
y voy con diccionarios
atestados de signos contradictorios
voy con mi casi sueco
voy con mis "pelos negros"
voy con todos los nombres y números
y códigos que me han puesto
que he heredado o merecido.

a los cursos voy
con ganas de morder las palabras
de entrarles aunque no quieran
de tomarlas
de violarlas como quisiera Octavio
de darlas vuelta y cogerlas
una por una
o que me cojan
que de una vez me tomen
me posean
y a otra cosa

y voy entonces con mis penas
y con los tangos que canto entredientes
voy con las playas que me sobreviven
y con los muertos y con los presos
voy con mis abuelos
con mis padres y con mis hermanos
con la gente que se muere o la matan y la
entierran

allá
a trece mil quilómetros millas nudos de
distancia.

voy con mis hijos y voy con mi compañera
voy con mi falta de tiempo
voy con mis poemas no resueltos
voy
porque hace seis mil años
que no hablamos un mismo idioma
y voy
aunque esté convencido
que ya nunca volveremos a hacerlo,
pero voy
voy con mis dos años en Suecia
voy con todos los niños
que frecuentaban mi escuela
voy sí, decidido como un adolescente
voy -aún a los treinta y un años-
armado de inocencias.

Pero la compañera de banco
que me ha tocado en suerte
no lo sabe ni tal vez le importe
y claro
ella, también inocente
ella
nacida en estos lares
como todos cuantos hoy me rodean
me mira
me investiga
me dice como para iniciar un diálogo:
"...men du är inte svensk va?"(+)

(+)"Pero tú no eres sueco, verdad?".

Un hombre

un hombre
se ha sentado frente a mí...

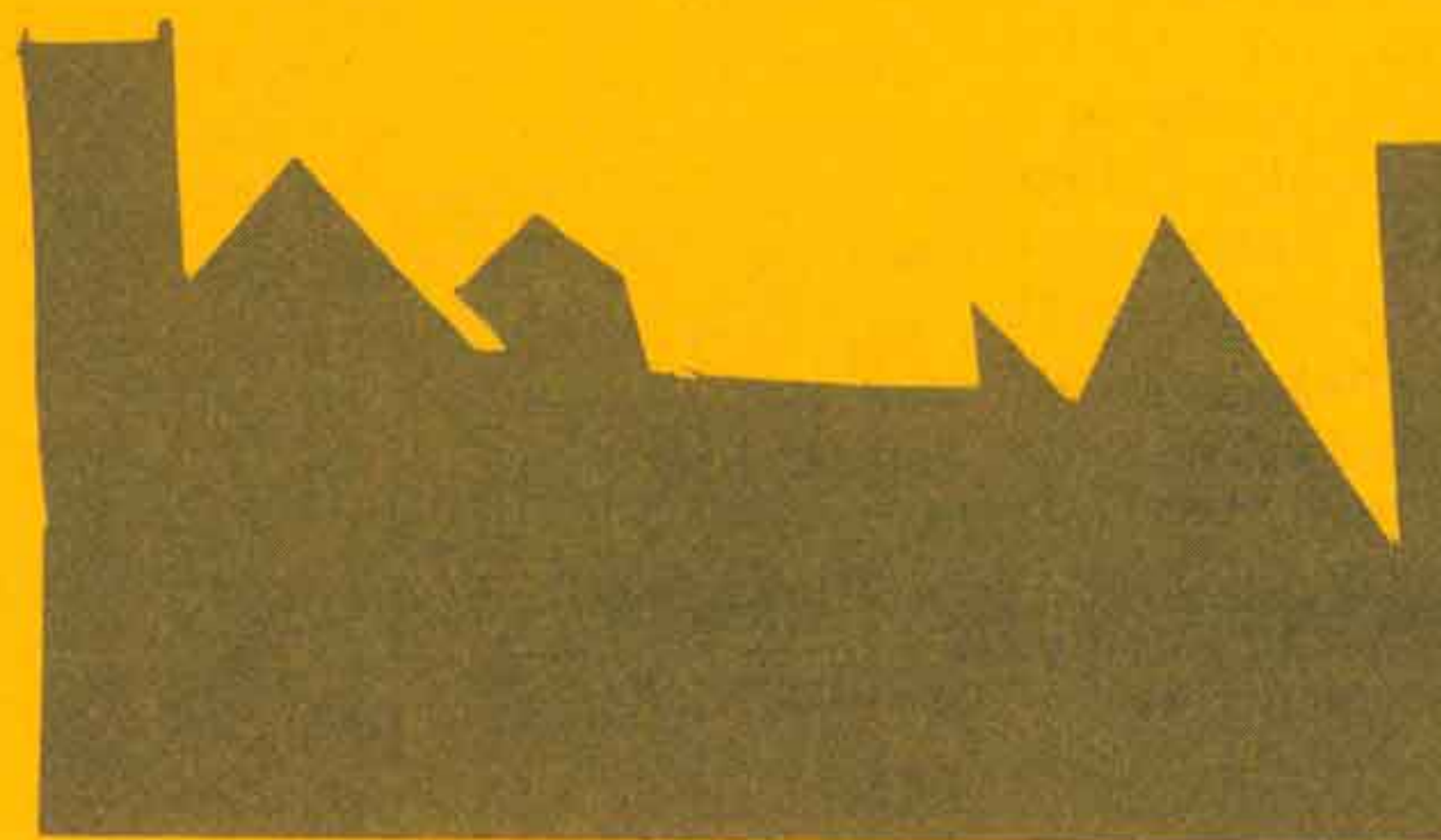
la rusa con quien hablo
me dice:
"Usch, jag orkar inte..."(+)
y se levanta y se va
mientras oigo y siento a otros
repetir el mismo gesto.

todo el vagón del Metro
se muda
cuando te instalas
con tus olores rancios:
orines sin tiempo ni memoria,
alcoholes
que exhuman un viaje sin regreso.

"Jag stannar..."(++)
le digo
a la espalda de la rusita
y me quedo,
me quedo a mirarte
me quedo por curioso
me quedo a pesar de la rusa
y tal vez contra los otros,
me quedo por que sí
me quedo porque no entiendo
me quedo porque mis neuronas
son torpes y quizá miopes
me quedo en la nube ácida
en que te envuelves
me quedo para ver en tus ojos
alguna señal
en la que pueda
reconocerme,
me quedo
me quedo aunque tú,
quién sabe dónde estás
me quedo para confirmar
que estamos solos
me quedo mientras recuerdo
cuando yo
apestaba como tú
o más que tú
y mi aspecto era
una piltrafa
pero claro, a mí,
me redime la tortura
y hasta puedo hacerme
pasar por héroe
y esconder la mano
y cerrar las narices
y los ojos y la lengua
para no verte
para no verme
aquí, en "tú" Estocolmo
aquí, en este mundo
que ha dejado de pertenecernos.

(+) Uff, yo no aguanto...

(++) Me quedo...



En Europa con peluca

Al tiempo nunca lo he podido medir. El reloj de mi conciencia no anda por el oficial. Este último solamente sirve para llegar a la hora y no perder el tren. ¿Adónde? En el exilio es igual. Ojalá bajarse donde te puedan dar la mano y te consideren de igual a igual. Los minutereros de mi sangre retroceden, los de mi pulsera no. Al primero no debo darle cuerda. De manera que tiene varias ventajas. Es tan bueno que algunos han querido comprarlo. Pero qué se han imaginado. Aquí la verdad está en un cristal. Cuidado. Nada envejece. La justicia y la paz se mantienen igual. En cambio a ti te han salido ya algunas arruguitas, pero por dentro de mí estás igual como la verdad, porque eres la verdad del amor. Y te amo con la misma pasión que tengo por la justicia y la paz, sin tener el problemita del tiempo que corroe todas las cosas, porque tú eres una categoría como la paz o la libertad.

Esto de trasladarse por el espacio y entrar en los recuerdos estando contigo sin que sepas lo que yo pienso es también una garantía. Un día no hicimos nada. Absolutamente nada, de pronto salí, silbé, le di de puntapiés a unas cuantas piedras y regresé nada más que para agarrarte el potito y volví a salir. Deseo espontáneo. Es así como te he amado. Cuando llegué a medianoche estuvimos amándonos hasta que el sol brilló como un tomate jugoso en la madrugada cordillerana. Más de una vez te encontré desolada, ayer reparando tragedias, hoy con el aguijón del destierro y temo mañana, tal como estamos, verte jugar con las mariposas de la soledad. El problema es, me dijo un amigo psicólogo, haber nacido en un tiempo convulsionado, pero no se puede curar el tiempo sino los hechos que producen toda esa clase de cosas, y eso le corresponde exclusivamente al pueblo. Es más o menos parecido a lo que se refirió Roberto el historiador, que mientras la libertad no llegue a nuestra tierra tendremos una vida incierta.

Te observo. Realizas cosas que en condiciones normales jamás las habrías hecho, debo confesarlo, con un disgusto que ya me está abriendo un boquete en la boca del estómago, porque esas raras costumbres que estás tomando terminarán por vencerte y cuando regreses a nuestra tierra serás una extraña para los demás y con tu influencia posiblemente ambos lo seremos.

Te volví a ver en una democrática rubia que bebía coñac por el campeonato. El vecino de la mesa nos pegó la mirada y comprendió todo, yo lo observé y me guiñó el ojo, sí, así entraría sin más ni menos, con toda franqueza, porque con las nórdicas uno no necesita poner ojos de cordeiro degollado como en la Zona Rosa, cuando se tropieza con esos desmesurados ojos y senos mejicanos, no, no se puede ser tan romántico. No podría ponerme a cantar Si Dios me quita la vida, imitando a Javier Solís. La respuesta es más práctica. Vuelvo a repetirte. Me fui con ella porque no soporté tu lejanía y le pedí a la rubia en un instante lo que tú hacías, ella rió graciosamente, le gustó y lo repitió otra vez y ya la vela no dió más y se apagó. Suspendió todo. Fue a buscar otra, agregó más flores en la mesa, las distribuyó muy simétricamente y dijo: bonito.

Era un orden que desesperaba. Tuve intenciones de lanzar con una de mis piernas largas y velludas un movimiento de karate y dar vuelta el florero, pero el contacto, el beso, la caricia, toda mi reacción comenzó a identificarse en el tiempo.

Regresé a tí desde la primera vez en la boite Night and Day, en Santiago, hasta cuando volábamos por las calles de Apoquindo o de La Reina y nos íbamos a bailar a Las Catacumbas, donde poco a poco me fui metiendo entre tus muslos con tangos y soul y todo lo mío cha cha chá y tú apretándome las manos hasta casi reventarlas. No había para qué decir algo más. En cambio esta rubia movió sus dedos sobre el mantel, me dió un vistazo atrevido, se acercó y contra nuestras costumbres dijo: ¿bailamos? Yo le hice unas insinuaciones con las manos, los ojos, el cuerpo y ahí nomás que apretó un dos tres y así juntos saltamos como langostas al ritmo marcial de la orquesta. El sudor me fué corriendo un dos tres por la frente, la nariz, el pecho y ella reía como tú reías y mi erección que era lo único en ese momento más vital empezó a resentirse. En el comienzo del nuevo disco sentí los labios contra mi cuello, yo dije: por fin, y cuando me comenzó a besar desesperada la tomé de la mano y nos fuimos a casa como cuando dijiste: vivo cerca, quieres pasar a servirme algo. Y lo hicimos a media luz hablando de tí, de mí, de proyectos y conversando conocimos a nuestras familias y amigos, volvimos a ser nosotros como en uno, como en tí y en mí en el recuerdo de la lluvia, de una mañana de septiembre que se incrusta en la historia, hasta llegar a levantarnos del lecho apresurados para ir al trabajo voluntario y hacer florecer la primavera como nunca y pum pum pum el sonido de la pólvora y del corazón y la patria dividida y de pronto encontrarse lejos caminando con toda la mierda adentro y sintiendo que el país de uno es como parte de la conciencia y la desesperación es sólo por volver a sentir aquellas primaveras y no cometer los mismos errores de trabajar sin las armas en la mano por si te atacan de nuevo a traición y por el deseo de volver a verte con tu larga cabellera en el marco de la ventana con un fondo sonoro de pájaros y una cordillera nevada. Pero he aquí que vivimos en un tiempo crítico y esta realidad te hace ser otra.

Es cierto que la solidaridad pide que uno se asimile, por algo hay países que te exigen más que otros para que tú no seas un problema y resuelvas ojalá la totalidad de los tuyos, es muy simple, cosa de adaptarse. Eso es lo que ha sucedido entre nosotros. La adaptación es paciencia y fuerza secreta que te va condicionando, al final terminas en hablar como los otros, comprometiendo tus maneras a los otros, y en lo posible hay que tratar de no causar disgustos a nadie, que no es bueno que te encuentren inadaptada ya que muchos de los otros te mirarían con cierta desconfianza. Te lo digo muy claramente, no me importa la adaptación. No tengo ninguna intención de extrañarme.

Porque te olvidaste de aquella vivencia entre bosques y campanarios y reliquias ocultas bajo las piedras y raíces de nuestros antepasados, porque te transformaste y no seguiste excavando nuestra historia, nuestro tiempo, el amor que es lo único que nos salva, no aguanté más y te arranqué la peluca rubia. La destruí a patadas. Rompí tu maldita libreta donde anotabas visitas que se anuncian con tres meses de anticipación y te programabas hasta el año dos mil. De nada sirvió pedirme silencio para no molestar a los vecinos, hasta que te diste cuenta de todo y me gritaste y mandaste todo a la mierda y salimos a la calle abrazados, riendo y con los ojos llenos de lágrimas caminando hacia la esperanza para matar nuestro exilio. □

La palabra exiliada

La confusión de lenguajes -palabras, gestos, atavíos- nos envuelve y nos incomunica, aislándonos en medio de la baránda. Una nueva torre de Babel se levanta entre nosotros y con nosotros. Más y más desorientados, condicionados para la dependencia, la vorágine de ruidos y señales nos ciega e impide discernir los valores que presiden el juego.

La vieja y corrompida cultura occidental y cristiana, cuya decadencia anunciarán a los cuatro vientos sus propios hijos desilusionados, renueva sus afeites y decorados, campeando por encima de esas confusiones y diferencias. Como una marea negra se extiende por toda esta realidad, impregnándola de su color y olor, ocultando al mismo tiempo las verdaderas separaciones excluyentes e irreconciliables de poder y riqueza, que desde siempre ha sostenido y que enfrenta a individuos, clases y regiones. Todo se anega en la creciente viscosidad de productos y producciones tanto materiales como culturales, que inundan el horizonte todo.

Allá en América Latina, quizás por estar nosotros mismos más expuestos y menos cargados de ropajes postizos, estuvimos próximos a desnudar esa realidad, llamándola por su nombre, en su inhumanidad y su injusticia. Pero la reacción fue rápida, el poder desafiado y por momentos debilitado, se apropió violentamente de la palabra, de sus vehículos y de su espacio. Y así decretó silencios, reglamentó usos, incomunicó por el miedo y la cárcel, o en forma menos costosa y más radical, con el exilio.

Inilio y exilio, por usar palabras de Angel Rama, son caras complementarias de un mismo muro represivo. Al interior fuimos expulsados hacia nuestra intimidad o marginados socialmente. El monopolio de la palabra, unificado en la emisión de "comunicados", apagó todo discurso discrepante, todo lo que comenzaba a desnudar ese poder, que relativamente camouflado se hizo cada vez más castrador. Y castrador fue la rutina creciente. Los uniformes y las "medidas de seguridad" del orden establecido irrumpieron en la vida de todos. Se nos echaron encima y comenzaron a escribir en nuestros cuerpos la letra de la coherción. Así fuimos incomunicados, maniatados, torturados. La consigna era marcar el cuerpo para que no olvidara el castigo y acallar la sed de solidaridad, de comunicación y de relaciones nuevas.

El terrorismo de Estado, exitoso en su brutal eficacia, nos dejó con un discurso ahogado en la garganta. Aislados y con rabia, musitábamos trozos de ese discurso, que así se dislocaba o trastocaba, pues la violencia lo encerraba en un monólogo girando en la soledad y el odio, cada vez más lejos del espacio libre y del amor abierto que necesitaba y proclamaba.

Y allá quedaron encarcelados y desaparecidos, a medio enterrar, trozos vivos de experiencias, visiones, intentos liberadores todavía inmaduros pero cercanos a un vivir con sentido.

Pero seguimos vivos y por eso los calabozos se cubrieron de poemas e inscripciones. Era un intento de quebrar el encierro y re-encontrar el diálogo perdido. Con fruición

y en la embriaguez del impulso, imaginábamos que "otro" vendría al encuentro de esas palabras, a descifrar los signos y devolverles su presencia viva. Nos sabíamos valiosos, tanto como lo que esas palabras contenían, saltando por encima de los límites impuestos. Llenábamos aquel horroroso espacio vacío, creábamos y lo convertíamos en vehículo de una comunicación significativa, cargada de resonancias. Como en todos los tiempos, en aquellas cuevas grabábamos las huellas de la existencia humana y su pretensión de trascendencia.

La conciencia así proyectada, externalizada, crecía, se desdoblaba, leyéndose a sí misma en el muro húmedo y lleno de texturas:

Ya nunca podrán apresarme totalmente.
Son tantos mis pedazos esparcidos
por el mundo,

tántos los signos que de mí se han
desprendido,

Y habito en tantos otros
que nunca, nunca más, podrán apresarme
totalmente.

La palabra prohibida luchaba no sólo por sobrevivir, sino por reproducirse, por recrearse. Y en su proximidad, sueño y palabra se fecundan mutuamente o mueren juntos. Por ello esa resistencia de la palabra en el muro, en la carta o en el canto, era y es la presencia y la posibilidad del sueño, del proyecto.

El mundo castrador, castrador, en su aparente omnipotencia, servía de contraste a nuestros mejores perfiles. Su imposición brutal era el desnudo de una civilización de la violencia y la rapiña.

El lenguaje rígido y unidimensional era su expresión más pura. Comunicados y ordenes, los poemas de esa cultura militar, eran la exaltación de un lenguaje exterior a los seres humanos, puro medio de información. Funcional y repetitivo, nunca interpretable, su culminación es la obediencia y la desaparición de toda diferencia. Informar para uniformar, jerarquizando al emisor y aniquilando la mayoría receptora, definitiva y totalmente cosificada, disponible y al servicio de la jerarquía. Allí, el preso, el hombre apresado pero con su conciencia expandida, podía recordar lo que poetas y pensadores, es decir, los hombres acorralados y con su conciencia igualmente expandida, todavía no han olvidado: que el lenguaje no es mero instrumento para operar en la realidad impuesta, sino para rasgar sus apariencias e imaginar otros posibles. Y eramos testigos que de allí quedaba expulsada y debía exiliarse la vida misma.

Ahora y aquí, arrojados al exilio, volvemos a musitar entre dientes el largo monólogo del sujeto en soledad. Regresivos al grado de tener que balbucear como niño las primeras palabras. Como niños, pero sin la alegría ni la capacidad de goce y de aventura. Y sumergidos en un mundo, causa remota de la enajenación sufrida, donde el lenguaje también se reduce más y más a una maraña de signos que marcan y conducen a un orden que llega desde arriba y desde afuera. Pero ahora, ese orden más luminoso en sus semáforos, más lleno de colores y modelos distintos, obligado de continuo a elegir entre lo que nos han elegido, y aquí, el uniforme abandona el primer plano, aunque solo sea por razones tácticas.

Entonces surgen poemas y otros signos. Otra vez no queremos resignarnos a ser cosificados. Pero esta nueva torre de Babel que vuelve a castigarnos con separaciones disfrazadas de independencia e individualismo, nos arrastra a expresiones opuestas a aquellas

del encierro. La desesperanza elimina la virtual presencia del "otro", el supuesto de una comunicación vibrante, el diálogo y el valor de lo compartido. El lenguaje se repliega a una función cerrada, al servicio de la constitución de un "yo" autártico de la privatización y la separatividad. Neoindividualismo, egocentrismo que delata la ausencia de toda capacidad de identificación y amor profundo. Y que como una caparazón protege de un medio hostil, pero sobre todo aísla y anula la sensibilidad para el contacto, el encuentro y la respuesta solidaria. Paradójicamente, el exilio más que librar-nos de las prisiones, evita la necesidad de su empleo por parte de los dominadores de aquí y de allá.

La ausencia de un guardián, de un enemigo compacto, nos hace girar en redondo y producir en el exilio la réplica de la represión. Similar a otros giros, en las aparentes victorias, que construyen una réplica del poder. En ambos casos la derrota se consolida con nuestra propia participación, y el mundo de la separación, la división social se reinstala al amparo de nuestro replegamiento.

Entonces, como allá, ahora y aquí la tarea sigue siendo resistir y crear. Porque como lo señalara Sartre recientemente, a poco de morir: "yo resisto, resisto y sé que moriré en la esperanza. Pero esa esperanza es necesaria fundarla". Por ello es que tenemos que volver a inscribir en los muros, en los vacíos de este y todos los exilios, palabras de libertad y solidaridad. Para que la palabra y los sueños se fecunden mutuamente y así poder regresar a nuestro suelo, al de la esperanza y la revolución.

